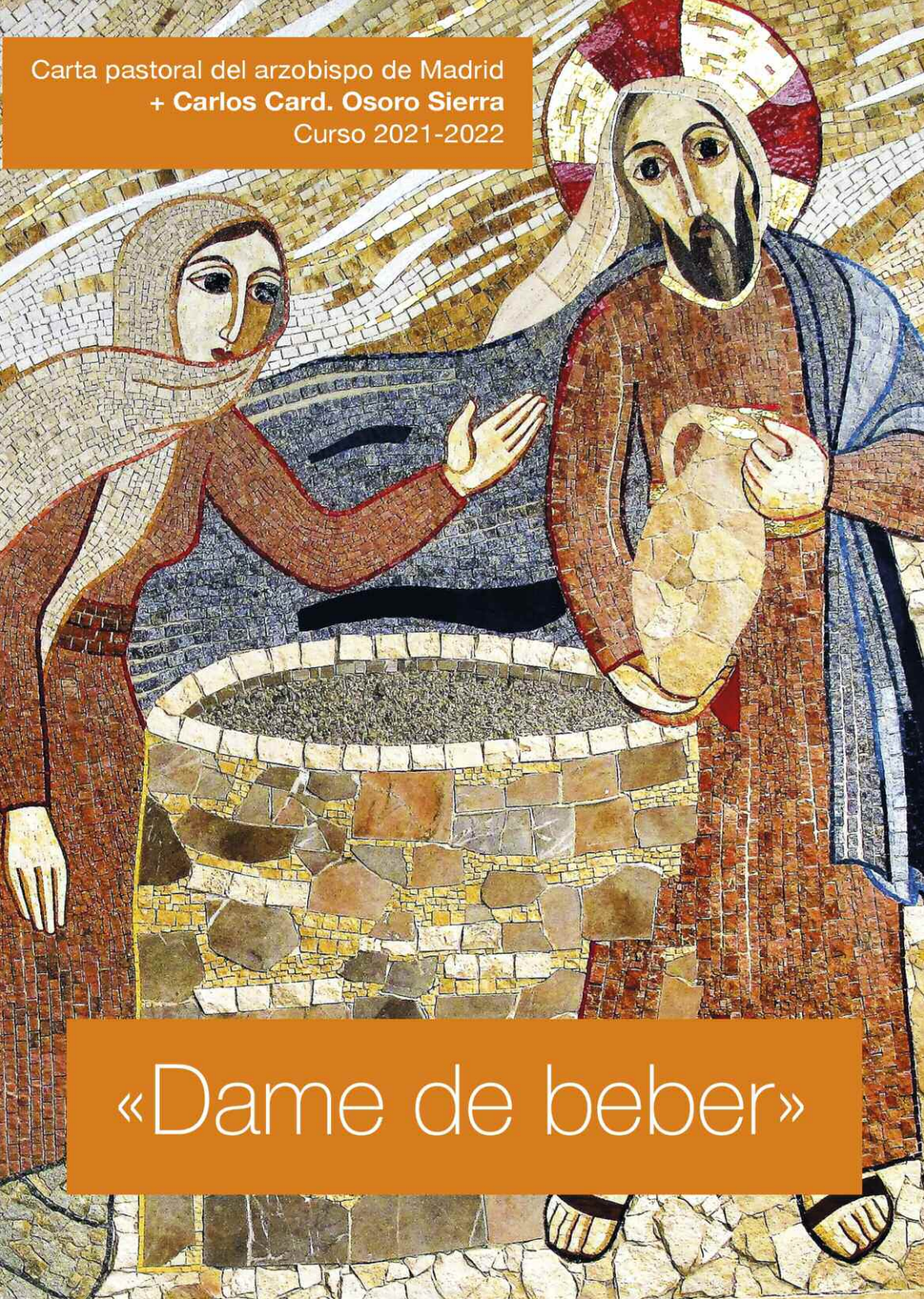


Carta pastoral del arzobispo de Madrid
+ Carlos Card. Osoro Sierra
Curso 2021-2022



«Dame de beber»

Edita:

Medios de Comunicación del Arzobispado de Madrid
C/ La Pasa, 5, 28005 - Madrid

Imprime:

Egesa



Con la colaboración de la Consejería de Educación,
Universidades, Ciencia y Portavocía

Imagen de portada:

Jesús y la samaritana. Icono de Marko Ivan Rupnik
Casa de los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús de Capiago
Foto: Dehonianos Italia

Puede descargar la carta en PDF en archimadrid.es

**«Dame de beber»
(Jn 4, 7)**

Introducción

Hace tres años comenzamos un itinerario pastoral en nuestra archidiócesis de Madrid (Plan Diocesano Misionero -PDM-) para entrar en la dinámica que el Papa Francisco nos propone en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*: «Todos somos llamados a una salida misionera [...], cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio» (EG 20). Este documento marca un camino y una dirección a la Iglesia. Es la que el Concilio Vaticano II nos dio y la misma que el Papa Francisco nos invita a vivir haciendo una relectura de la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* de san Pablo VI.

Con las cartas pastorales de cada inicio de curso, he intentado marcar una dirección y un camino en nuestra Iglesia diocesana en la línea de la exhortación apostólica del Papa Francisco y de los documentos del último Sínodo Diocesano de nuestra archidiócesis. Lo he venido haciendo también sirviéndome de la carta que os entrego cada semana. Mis cartas siempre se apoyan en una página del Evangelio. Con ello no trato de hacer un comentario exegético del texto elegido, más bien hago una lectura sapiencial, viva y existencial del mismo. De tal manera que nos mueva a todo el Pueblo de Dios que camina en Madrid a salir a la maravillosa misión a la que el Señor nos llama como miembros vivos de la Iglesia. Este año quiero invitaros a todos, sacerdotes, vida consagrada y laicado, a sentir las voces de tantas personas que pasan a nuestro lado y nos dicen: «Dame de beber». Trato de haceros ver y descubrir que en el fondo de la Palabra de Dios, desde una lectura creyente de la misma, aparece una situación significativa en la misión de Jesucristo. A esa misma misión nos convoca el Señor, hoy y aquí, a la Iglesia, su Cuerpo.

Quisiera que a través de mi carta pastoral se apropiara del corazón de cada uno de nosotros ese sueño del Papa Francisco: «Sueño con una opción misionera, capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda la estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual, más que para la autopreservación [...]. Como decía san Juan Pablo II, toda renovación en el seno de la Iglesia debe tender a la misión como objetivo, para no caer presa de una especie de introversión eclesial» (EG 27).

Os recuerdo las cartas escritas en los dos cursos pasados, en las que traté de descubrir la llamada que Jesucristo nos hace a todos a través de su Palabra a la misión.

«¿Qué quieres que haga por ti?»: en ella aludía, a través del encuentro de Jesús con el ciego Bartimeo, a cómo la Iglesia ha de seguir escuchando los gritos de los hombres que pasan por este mundo y ponerse a su servicio; si es necesario, cambiando de ruta. Lo que importa es que la noticia de Cristo llegue al corazón del ser humano, lo transforme y lo entusiasme con ese anuncio de un camino existencial que colma la vida y el corazón del ser humano. ¡Cuántas noticias me habéis dado sobre los gritos que habéis escuchado! Y más aún sobre el trabajo y la dedicación que habéis tenido para acogerlos y dar respuesta.

«Quiero entrar en tu casa»: En ella, a través de la contemplación del texto, descubríamos a Zaqueo. Jesús lo ve subido a un sicómoro, pues tenía curiosidad por ver al Señor, quizá movido por su vacío y los deseos de que se acercara a su vida. El Señor lo llama, quiere comunicarse con él, desea entrar en su vida y ofrecerle una manera de vivir absolutamente nueva. Con esta carta expresaba un profundo deseo en mi corazón como pastor de esta Iglesia diocesana: entrar en tantas situaciones vitales en las que viven nuestras gentes y ponernos como

Iglesia en esa actitud misionera que el Señor tuvo. Se trata de entrar en todas las circunstancias que viven los hombres, porque el Señor nos muestra que no hay ningún camino por el que transite un ser humano que esté cerrado para Cristo. Él, durante su estancia en este mundo, manifestó un deseo claro de entrar en las vidas de las personas, cualesquiera que fuesen, para regalar Vida, sentido, hondura y encuentro.

Para seguir pensando:

1. ¿Te has sentido misionero? ¿Cómo dijiste y a quién: «¿Qué quieres que haga por ti?»?, ¿en tu casa, entre los tuyos, con tus amigos, con tus vecinos, en tu barrio...?

2. ¿Te ofreciste y pudiste decir: «Quiero entrar en tu casa»?

3. ¿Sientes y vives que ser misionero ha de ser la versión de tu vida como cristiano?

4. ¿Animas a otros que viven a tu lado a vivir la fe, ya que dejaron de practicar la vida de fe, no bautizaron a sus hijos o no se casaron por la Iglesia?

5. ¿Muestras con obras que eres discípulo de Cristo y miembro de la Iglesia?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Fundamentación

Con la carta pastoral de este curso, que lleva por título «**Dame de beber**», quiero hacer ver a toda la Iglesia diocesana que, «cuando se asume un estilo misionero [...], el anuncio se concentra en lo esencial [...]. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y, así, se vuelve más contundente y radiante» (EG 35). ¡Qué hondura alcanza a la vida de un discípulo de Cristo el descubrir a la Iglesia como «madre de corazón abierto»! «La Iglesia en salida es una Iglesia con las puertas abiertas. Salir hacia los demás, para llegar a las periferias humanas no implica, sin embargo, correr hacia el mundo sin rumbo y sin sentido» (EG 46). La página del Evangelio de la samaritana (Jn 4, 1-42) va a sustentar mi reflexión. La he estudiado y la he rezado en estos primeros 15 días de agosto para poder escribirla a partir del 15 de este mismo mes. Quiero ver a tantos hombres y mujeres de hoy, niños, jóvenes, personas de edad media y ancianos que nos están diciendo de modos muy diferentes: «Dame de beber».

Y ese grito, a veces silencioso y otras veces resonando con ecos muy variados, no puede dejar de escucharlo la Iglesia de Cristo: «La Iglesia no es una aduana, es la casa paterna, donde hay lugar para cada uno, con su vida a cuestas» (EG 47). Si la Iglesia asume este dinamismo, «debe llegar a todos, sin excepciones». Pero hay privilegiados en esta llegada. «El Evangelio es contundente: hay que llegar [...], sobre todo, a los pobres y enfermos, a esos que suelen ser despreciados y olvidados» (EG 48). En este sentido, ¡qué bien lo hicieron durante todo este tiempo de pandemia Cáritas Diocesana de Madrid y todas las Cáritas parroquiales! Gracias de corazón a todos los que estáis implicados de una u otra forma y nos impulsáis a vivir con la fuerza y el coraje de la caridad de Cristo desde tantos lugares de Iglesia.

Quizá en ningún lugar como en otro, las grandes ciudades, y es nuestro caso, «necesitamos reconocer la ciudad desde una mirada contemplativa, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en las calles, en las plazas [...]. La presencia de Dios en la ciudad no debe ser fabricada, sino descubierta, desvelada. Dios no se oculta a aquellos que lo buscan con un corazón sincero, aunque lo hagan a tientas, de manera imprecisa y difusa» (EG 71). Hemos de tener imaginación, la misma que tuvo el Señor para alcanzar el corazón de la samaritana. Nuestras ciudades son un lugar privilegiado de la nueva evangelización. Para ello urge que tengamos imaginación, generemos espacios de oración y de comunión que sean atractivos y significativos para quienes viven en ellas (cfr. EG 73 y 74), que nos ayuden a implicarnos más y llamar a otros al movimiento de Amor que se inició en la Encarnación y al que el Señor nos convoca desde nuestra pertenencia eclesial.

¡Qué hondura tiene el encuentro del Señor con la samaritana! Dios alcanzando el corazón de un ser humano, porque tiene sed del hombre. Y el hombre alcanzado por Dios porque en su ser e identidad más profunda tiene sed de Dios; tiene grabada la imagen de Dios en su esencia y tiene deseos inmensos de encontrar a quien le está diciendo, como a la samaritana: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber”, le pedirías tú, y él te daría agua viva» (Jn 4, 10). Esta es la realidad del momento histórico que nos toca vivir y en el que la Iglesia ha de ofertar la vida de Dios para quitar la sed de la humanidad y transformar este mundo.

Las tres encíclicas que el Papa Francisco nos ha regalado hasta ahora exponen aquellas situaciones que hacen que, en nuestro mundo, la imagen del hombre quede ensombrecida y no manifieste su gran belleza. El Papa indaga sobre lo que, a mi

modo de ver, son los problemas reales de nuestra época. En medio de ellos, nos hace oír el grito, unas veces manifiesto y otras silencioso, de quienes viven a nuestro lado y con tanta fuerza nos piden: «Dame de beber». Esto se hace patente a través de tres realidades:

1. Vacío existencial. En la encíclica *Lumen fidei*, el Papa Francisco nos dice: «Por tanto, es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo. Y es que la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar toda la existencia del hombre. Porque una luz tan potente no puede provenir de nosotros mismos; ha de venir de una fuente más primordial, tiene que venir, en definitiva, de Dios. La fe nace del encuentro con Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo» (LF 4).

Hay épocas en la historia en las que el vacío existencial, que es un vacío espiritual, se da y se siente de un modo especialmente profundo y claro. Este tiempo es uno de esos momentos en el que constatamos y vivimos este vacío. Se manifiesta de muchas maneras. Y precisamente este vacío urge a los discípulos de Cristo a dar una respuesta. Respuesta que no podemos darnos por nosotros mismos, pero que nos alienta a ir más al fondo de nuestra vida. Y, sobre todo, en ese ir más al fondo, hemos de tener el atrevimiento y la clarividencia para objetivar, ver y descubrir

por qué se dan estos vacíos de la existencia. Tenemos datos reales de épocas en las que la fe y, por tanto, Dios era alguien tan presente y fundamental para la vida y para las relaciones entre los hombres, que poco o nada podía explicarse sin la referencia explícita a Dios. Y no es que Dios venga a tapar agujeros de la existencia, sino que, sin su presencia, el ser humano no es propiamente tal ni tiene el diseño que hizo Dios de él, y a la larga buscará llenar ese vacío existencial con *algo* que ciertamente no logrará alcanzar su corazón por sus propias fuerzas.

¡Qué belleza adquiere el mundo cuando en él aparece el principio de la esperanza! ¿Cuál es? Es ese principio con el que cada persona se afana por superar el mundo corrompido y el microcosmos de su propia existencia, para edificar y edificarse no con sus propias fuerzas, sino contando con la fuerza y la cercanía de Dios. En el texto que propongo de la samaritana descubrimos la aventura de una mujer que se aproxima, paso a paso, a Dios. Se trata de un Dios que se inclina hacia su persona. No es un poder mágico, sino que, en el encuentro con Él, se revela a esta mujer la mentira sobre la que está sustentando su vida y la verdad desnuda que le ofrece Jesucristo.

2. Deseo de encuentro con quien da fundamento a la vida o necesidad del encuentro con Dios. En la encíclica *Laudato sí*, en el capítulo tercero, nos ofrece el Papa Francisco una reflexión para responder a esta pregunta: ¿dónde está la raíz de la actual crisis ecológica? El Papa contesta y habla de dos raíces: «el paradigma tecnocrático» y «el antropocentrismo moderno».

Un paradigma es una teoría o un conjunto de teorías cuyo núcleo central se acepta sin cuestionar y se convierte en base

para interpretar la realidad. Y según el paradigma tecnocrático, la ciencia y la técnica son el único modo de comprender e interpretar la realidad y la expresión del progreso de la humanidad. Por tanto, Dios no cuenta para nada. Es verdad que este modelo se está cayendo y los mejores científicos y pensadores de la humanidad ya no piensan de este modo tan unilateral.

Por otra parte, el antropocentrismo moderno se ha radicalizado de tal modo que ha desplazado del todo a Dios y solamente sitúa al ser humano en el centro del mundo. Eso dio comienzo a esa corriente moderna que conocemos con el nombre de humanismo. El problema es que el hombre por sí mismo no puede darse ni nombre, ni abrir perspectivas ni de presente ni de futuro, entre otras cosas porque no tiene capacidad para ello o se le acaba la fuerza por el breve camino de su existencia.

El Papa Francisco denuncia el relativismo dominante e intenta hacer ver dónde podemos encontrar la raíz de la actual crisis ecológica que, a mi modo de ver, es una crisis de humanismo verdadero. En la Edad Media el pensamiento no era tecnocrático. Todo se pensaba desde la fe en Dios: arte, política y sociedad. Realmente, en esa época Dios se hacía presente en la vida de la persona para construir el presente y el futuro. Hoy se ha eliminado a Dios. Por eso, urge hablar de una ecología integral, en la que no solamente no sobra Dios, sino que el ser humano y la plenitud que anhela lo reclama y lo necesita. Entre otras cosas, porque no sirve cualquier criterio para construir la sociedad del futuro, no valen meras metodologías científicas.

No basta decir que es moral todo aquello que crea futuro. Sobre esta base hasta matar al otro puede ser *moral*. Lo más

inmoral por este camino puede tornarse útil y no pueden consagrarse la utilidad o lo emocional como criterios últimos de eticidad. Cuando Dios se hace presente en la vida del hombre y en la construcción de la historia, se manifiesta una fuerte exigencia de grandes valores que engrandecen la vida del ser humano. Se trata de valores como la paz, la libertad o la justicia. Pero, ¿desde dónde alcanzan su medida? Pues también fueron ensalzados por quienes los valoraron y los distorsionaron poniéndoles su propia medida y no las que da Dios. ¡Qué importante es escuchar la voz de Dios! Recordemos que en el encuentro del Señor con la samaritana, el abrazo que Dios le ofrece le hace descubrir que necesita de «otra agua» para ver su vida, para descubrirla y vivirla con la dignidad que Dios puso en ella: «Señor, dame de esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla» (Jn 4, 15).

Aparece una nueva época –estamos ya en ella–, en la que se vuelve imprescindible la exigencia de recogimiento, de contemplación, de vivir en y desde lo sagrado, de escuchar y dejarnos hacer por la Palabra de quien sabemos que nos ama. Es vitalmente necesario mantener un contacto vivo con Dios y una comunión con el Señor en el misterio de la Eucaristía, donde Él se hace realmente presente. Por ello, no bastan los gritos de defensa de la libertad y de los derechos fundamentales conculcados. Es necesario y extremadamente urgente que, en las diversas formas de servicio y caridad, se hagan presentes hombres y mujeres que entregan la vida cuidando a los enfermos, a los ancianos, a los más pobres y desfavorecidos. Dejarse ver por Dios, dejarse abrazar por su amor, esa es la tarea más importante e inaplazable. Cuando la samaritana se deja encontrar por Jesucristo, ve la mentira en la que está viviendo y la alcanza la liberación cuando el Señor

la sitúa en la verdad. A esa liberación llegaron muchos de su pueblo cuando conocieron lo que Dios hace cuando lo dejamos entrar en nuestra vida.

3. Necesidad de encontrarme con los hermanos y construir fraternidad. En la encíclica *Fratelli tutti* se nos da la clave para encontramos con los hermanos. ¡Qué maravillas hace el encuentro con Dios! «La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente: “Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será este el Mesías?”. Salieron del pueblo y se pusieron en camino a donde estaba él» (Jn 4, 28-30). ¡Qué fuerza tienen estas palabras del Papa Francisco! «Cuidar el mundo que nos rodea y contiene es cuidarnos a nosotros mismos. Pero necesitamos construirnos en un nosotros que habita la casa común [...]. En esta cultura que estamos gestando, vacía, inmediatista y sin proyecto común, es previsible que, ante el agotamiento de algunos recursos, se vaya creando un escenario favorable para nuevas guerras, disfrazadas detrás de nobles reivindicaciones» (FT 17).

Qué fuerza tienen las primeras palabras del capítulo II de la encíclica: «En el intento de buscar una luz en medio de lo que estamos viviendo, y antes de plantear algunas líneas de acción, propongo dedicar un capítulo a una parábola dicha por Jesucristo hace dos mil años: Lc 10, 25-37» (FT 56). Como nos dice el Papa, «esta parábola es un icono iluminador, capaz de poner de manifiesto la opción de fondo que necesitamos tomar para reconstruir este mundo que nos duele. Ante tanto dolor, ante tanta herida, la única salida es ser como el buen samaritano» (FT 67). Y ha sido Dios mismo el que nos ha dicho, para entender bien quién es mi prójimo, cómo hemos de vivir.

Necesitamos a Dios para construir este mundo. No lo eliminemos y no nos pongamos nosotros como si fuésemos Dios u otro sucedáneo. Alguna vez he dicho que la tarea más urgente que tiene este mundo es educar, y la educación es una cuestión de amor. Y lo digo porque el amor al otro ha de mover siempre nuestra vida en cualquier situación, buscando lo mejor para él, sea quien sea. En este momento que vive la humanidad, hemos de repetir con el Papa Francisco que «los creyentes pensamos que, sin una apertura al Padre de todos, no habrá razones sólidas y estables para el llamado a la fraternidad. Estamos convencidos que solo con esta conciencia de hijos que no son huérfanos podemos vivir en paz entre nosotros» (FT 272). De ahí que la presencia de Dios en la vida de la humanidad sea tan necesaria.

La página del Evangelio que constituye el núcleo de lo que deseo entregaros en este curso (Jn 4,1-42) nos hace descubrir ese anhelo de que la Iglesia protagonice, en medio de este mundo y su diversidad de culturas y situaciones, lo que Jesús hizo con la samaritana: aquello que provocó en ella el deseo de pedirle a Él «dame de beber». Como Jesús, la Iglesia ha de ser fiel a su naturaleza y mostrar su capacidad de conducir a los hombres hacia la vocación al amor. Ese amor que ha de servir a los pobres, a los enfermos, a los olvidados, a los oprimidos, a los prisioneros, a todas las personas que por diversas circunstancias viven un sufrimiento corporal o espiritual. Se trata de que se encuentren con ellos mismos y descubran a Jesucristo como el Camino, la Verdad y la Vida. La Iglesia participa de la misión misma de Jesucristo. Por eso ha de vivir siguiendo sus huellas, ofreciendo y acercando la persona de Jesucristo a todos los hombres en todas sus complejas situaciones. Debe irradiar fe, educar, dar testimonio, ofrecer consejo, orar en todo momento y mostrar con acciones, gestos y palabras su amor servicial a toda la humanidad.

Quisiera terminar este capítulo constatando que hoy se da un redescubrimiento de la dimensión religiosa: muchos de los más grandes científicos están orientándose clara y decididamente hacia el problema ético y manifiestan un claro rechazo al positivismo. Por otra parte, en los jóvenes se da una nueva pasión por buscar a Dios. Parecen dispuestos a entregar su vida desde sus raíces y se dan atisbos claros de generosidad no satisfechos con entregas a medias. Buscan la verdad y muchos la encuentran en la persona de Jesucristo. Lo que sí es cierto es que, para poder mover al valor de creer, no tiene fuerza suficiente la vía puramente intelectual. Precisamos más que nunca testigos que muestren con su vida, y a veces con su sufrimiento, que el camino de la fe que nos ofrece Jesucristo es el verdadero.

En ese sentido, ¡qué fuerza tiene el encuentro de Jesús con la samaritana para ver cómo la fe es racional! ¿Dónde se apoya esta mujer para poder decir al Señor: «Señor, dame de esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla» (Jn 4, 15)? La fe no es resignación ni estancamiento. Es la afirmación valiente y la apertura a la grandeza y complejidad de la realidad en la que se encuentra, sosteniéndolo todo, Dios. Se apoya en la fuerza de un nuevo sí. El que cada ser humano se hace capaz de pronunciar en su relación con Dios: «Dame de esa agua». Y esta afirmación no es irracional, sino que representa la más extremada profundidad de la razón que va más allá de cualquier ideología.

Las preguntas con que concluimos este apartado nos sirven de pórtico para iniciar una reflexión sapiencial sobre el texto del Evangelio de Jn 4, 1-42. La Iglesia en todos los contextos en los que se encuentre debe ser ella misma. No le está permitido reducirse a una simple moralización de la sociedad como desean

algunos; tampoco ha de legitimarse apelando a la utilidad de sus obras sociales. La Iglesia ha de mostrarse a sí misma como lo que es. Debe hacer lo que le es más propio y aquello en lo que funda su identidad: dar a conocer a Dios y anunciar su Reino. Debe preparar espacio a lo divino, pero no a través del poder, sino del Espíritu Santo, dando testimonio del amor, ayudando a que la sociedad reencuentre su identidad y su norte. No dejemos que se destruya la capacidad de amar que engendra en la sociedad aburrimiento. Pongamos sin titubear en medio de los hombres a Jesucristo, a la manera que Él se hizo presente entre los samaritanos. Jesús se acercó al corazón de aquella mujer samaritana y le pidió a través de ese «dame de beber» algo que ella no tenía: un amor como jamás habría podido soñar. Por eso responde con los criterios de este mundo: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (porque los judíos no se tratan con los samaritanos)» (Jn 4, 9). No te puedo dar lo que no tengo, pues tengo rencor, tengo distancia, tengo odio, tengo reservas. Lo que Jesús acerca a la vida de esta mujer es algo desconocido para ella: le acerca su amor, se siente amada por el Señor. Y, por ello, responde categóricamente: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla» (Jn 4, 15).

Para seguir pensando sobre el vacío existencial:

1. A nivel personal, piensa si como cristiano o cristiana tienes el corazón abierto a todas las personas sin distinción.
2. A nivel de comunidad y de grupo, ¿nos presentamos como Iglesia que es Madre de corazón abierto o cerramos las puertas a algunos? ¿Por qué lo hacemos?
3. ¿Sabes mirar nuestra ciudad, nuestros barrios y pueblos con una mirada contemplativa y ver la presencia de Dios que habita en los hogares, en las calles, en las plazas...?
4. ¿Te preguntas alguna vez cómo alcanzar el corazón de quienes viven a nuestro lado a la manera que lo hizo Jesús con la samaritana?
5. ¿Qué vacíos existenciales encuentras entre nuestras gentes: jóvenes, familias, adultos, matrimonios, ancianos?
6. ¿Ofrece la Iglesia esperanza?
7. ¿Qué lugares y espacios ofrecemos para encontrarnos con el Señor? ¿Puedes imaginar nuevos espacios en las nuevas urbanizaciones, en los grandes barrios en construcción?
8. ¿Cómo provocar lo que Jesús suscitó en la samaritana para pedir: «Dame de esa agua»?
9. ¿Qué rostros y qué nombres pondrías al vacío existencial que engendran la falta de fe y la ausencia de Dios?
10. ¿Has leído y meditado la encíclica *Lumen fidei* del Papa Francisco?

Para seguir pensando sobre el deseo de encontrar fundamento a la vida o necesidad de encuentro con Dios:

1. ¿Aceptas sin cuestionar cualquier paradigma, es decir, cualquier teoría para interpretar la realidad?

2. ¿Cuenta Dios mucho en un mundo que desde la técnica y desde la ciencia se intenta explicar todo?

3. ¿Cómo devolver el reconocimiento de la presencia de Dios en este mundo?

4. ¿Qué entiendes por «ecología integral»? ¿Entran todas las dimensiones de la persona?

5. ¿Tienes datos u observaciones que te hagan pensar que el ser humano necesita volver a probar el agua que ofrece Jesucristo?

6. ¿Por qué hoy se aprecia un deseo de recogimiento y de contemplación? ¿Cómo ha de responder la Iglesia a este deseo?

7. ¿Cómo abrimos a compromisos de servicio y de caridad en nuestra vida, ya sea en la comunidad cristiana o en servicios a la sociedad realizados desde la entrega personal testificada con nuestra vida cristiana?

8. ¿Has leído y meditado la encíclica del Papa Francisco *Laudato sí?*

Para seguir pensando cómo vivir la necesidad de encontrarme con los hermanos y construir la fraternidad:

1. ¿Cómo haces vida la parábola del Buen Samaritano? ¿Qué es lo que más te interpela de la parábola (Lc 10, 25-37)?

2. ¿Ves la necesidad de construir un nosotros? ¿Cómo lo haces en tu familia, en tu barrio, en tu trabajo?

3. ¿Ponemos en el centro a Dios para construir la fraternidad o nos ponemos nosotros mismos?

4. ¿Es el amor al prójimo quien mueve nuestra vida en todas las situaciones que vive el otro?

5. ¿Pones en el centro a Dios para construir este mundo o pones otras cosas diferentes?

6. ¿Rezas el padrenuestro para ver las exigencias que tiene el ser hijo de Dios y por ello hermano de todos los hombres?

7. ¿Cómo deseas protagonizar aquí y ahora lo que Jesús hizo con la samaritana?

8. ¿Te has preguntado cómo vives tu vocación al amor? ¿Cómo mostrar y hacer presente el amor de Dios aquí y ahora?

9. Hoy se necesitan testigos que muestren el camino de la fe, ¿estás dispuesto a hacerlo?

A la misión desde la sinodalidad

En este curso pastoral, cuando se nos está invitando a salir todos juntos a anunciar el Evangelio y hacerlo desde el *kairós* de la sinodalidad, os invito a sentir el gozo de la misión, realizándola como la Iglesia la entendió desde el inicio.

La Iglesia tiene una forma muy determinada de vivir y de obrar: reunidos, unidos, en comunión, caminando juntos y participando todos en la misión evangelizadora. Recordemos lo que nos dijo el Papa Francisco en su discurso de la conmemoración del 50 aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos: «El camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio [...], es dimensión constitutiva de la Iglesia».

El concepto de sinodalidad hemos de vivirlo referido a la corresponsabilidad y participación de todo el Pueblo de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia. La sinodalidad nos muestra y nos alienta a no olvidar el carácter peregrino de la Iglesia. Se trata de ver al Pueblo de Dios que ha sido convocado entre las naciones (Hch 2, 1-9; 15, 14). Es el mismo camino de Jesús, que plantó su tienda en medio de nosotros, y que se sigue prolongando en la Iglesia a través del camino sinodal para asumir con todas sus fuerzas la responsabilidad que el Señor le entregó: anunciar a todos los hombres el Evangelio. ¿Cómo se realiza? A través del espacio de todas las Iglesias locales, caminando al mismo tiempo y haciéndolo de forma sinodal, juntos, expresando y promoviendo la comunión.

¡Qué fuerza tiene la vida sinodal en la Iglesia! Todos juntos, toda la Iglesia, todos en la Iglesia como compañeros de camino. Todos con el mismo Amor del Señor a todos los hombres, dando la posibilidad que Jesús dio a la samaritana, pues ella pudo responderle

después de experimentar su cercanía y también el regalo de su amor: «Dame de beber». Nuestra Iglesia diocesana ha de dar testimonio en Madrid de estar formada por hombres y mujeres libres, diversos, pero todos con el único deseo, afirmado desde la piedra angular que es Jesucristo y sobre las columnas que son los apóstoles, de mostrar que somos parte de esa «morada de Dios entre los hombres».

¡Qué fuerza tiene la Iglesia cuando la contemplamos guiada por el Espíritu Santo! Contemplemos así a nuestra Iglesia diocesana: es el Espíritu quien está en ella y la guía. Una Iglesia particular que, unida a todas las Iglesias particulares, forma esa Iglesia que se difunde por toda la tierra y que toma cuerpo, que no es una abstracción, que muestra su vida a través de las Iglesias particulares y la quiere mostrar a través de nuestra Iglesia diocesana. Descubramos cómo en la sinodalidad hay una implicación entre *communio fidelium*, *communio episcoporum* y *communio ecclesiarum*, de tal manera que el concepto de sinodalidad es más amplio que el concepto de colegialidad, pues incluye la participación de todos en la Iglesia. Una Iglesia que vive la sinodalidad es una Iglesia más participativa y corresponsable. La sinodalidad nos habla de un estilo peculiar que cualifica a la Iglesia en su vida y en su misión, que busca estructuras y procesos en los que la naturaleza sinodal se exprese, realizando puntualmente algún acontecimiento donde la sinodalidad se manifiesta y expresa.

Quiero referirme a la Eucaristía como fuente y paradigma de la espiritualidad de comunión y que nos regala elementos específicos para vivir la sinodalidad. Cuando entra en las entrañas de nuestra vida la estructura eucarística, asumimos necesariamente la sinodalidad. Caigamos en la cuenta de estas realidades que vivimos en la Eucaristía: comenzamos la celebración de la Eucaristía invocando a la Trinidad, propiciamos la comunión mediante la reconciliación con Dios y con los hermanos; escuchamos la Palabra de Dios donde recibimos un mensaje e iluminamos nuestro caminar; se comulga a Cristo y mediante el Espíritu

Santo se nos hace participar visiblemente de la dignidad de bautizados. Daos cuenta de que esto es algo que es esencial. Quien vive así la Eucaristía es llamado e impulsado a la misión, de tal modo que experimentamos que llevar a Cristo a los hombres es nuestra principal tarea y misión. Dice san Agustín que debemos «tener un solo corazón y una sola alma en el camino hacia Dios» (Regla, I, 3: PL 32, 1378).

Para seguir pensando:

1. ¿Dónde encuentras la fuerza para anunciar el Evangelio? ¿Qué situaciones hemos de tener en cuenta?

2. ¿Participas en la vida y misión de la Iglesia? ¿Cómo lo haces? ¿Vas solo y por libre o con otros? ¿En tu comunidad funcionan y tienen vida los consejos pastorales?

3. ¿Hay encuentro entre todos los que participamos en alguna misión dentro de la comunidad parroquial? ¿Tenemos algún objetivo común?

4. ¿Te sientes corresponsable en la misión? ¿A través de qué formas vives esa corresponsabilidad?

5. ¿Nos sentimos en la Iglesia compañeros de camino? ¿Trabajamos con proyectos concretos en los que participamos en su realización?

6. ¿Vives tu pertenencia eclesial descubriendo en ella que participación y corresponsabilidad forman parte de tu identidad cristiana?

7. ¿Qué cometidos percibes que son prioritarios en la misión? ¿Qué situaciones hay que tener en cuenta?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Una misión realizada en sinodalidad por la Iglesia que camina en Madrid

En el encuentro de Jesús con la samaritana quiero ver el deseo que tiene el Señor de que la Iglesia salga al encuentro de los hombres en esta situación histórica concreta que vivimos, desde la realidad en la que están aquí en Madrid.

1. Entrar en la ciudad como Jesús en Sicar, sin miedos, para encontrarnos con los hombres

Cuando meditaba este texto del Evangelio de Jn 4, 1-42, ponía ante mi vista nuestra archidiócesis de Madrid, pues cuando Jesús camina hacia Galilea tuvo que pasar por Samaría y entrar en Sicar. Los judíos no tenían una buena relación con los samaritanos. El Evangelio nos dice que «no se tratan», pero Jesús, cansado de caminar, se acercó al pozo de Jacob y se sentó junto al mismo. Me impresionan tres cosas: que Jesús no tiene ningún inconveniente de entrar en tierra de hombres y mujeres que tienen otra manera de vivir; que Jesús quiere conversar con todos, y que lo que desea Jesús es quitar la sed que existe en el corazón del ser humano cuando le falta Dios. Así entra Jesús en Samaría. Pienso en la entrada que desea hacer hoy Jesús en Madrid a través de quienes formamos la Iglesia, porque también en Madrid hay sed y el Señor nos ofrecería lo mismo que a la samaritana.

Cuando se intentan explicar los cambios sociales de estos últimos 40 años, se nos vienen rápidamente a la mente la crisis de valores, de falta de ideales, los procesos de secularización que hicieron que la religión y el mundo de los valores que ella

generó quedasen en un segundo plano. Ello ha sido a costa de dejar vacíos muy grandes en las vidas y en las relaciones interpersonales, y en las leyes que se promueven. Es cierto: la visión cristiana de la vida, con todo lo que supone de asumir grandes valores, se ha relegado a un plano secundario. Ello afecta a las personas, a la convivencia y, sobre todo, a los jóvenes, generando sed. Nuestra sociedad esconde cuestiones importantes que afectan al sentido último de la vida. Se pone de manifiesto que algo no estamos dando al ser humano. Esta laguna le hace infeliz y le genera pocas ganas de vivir. Por otro lado, hay sed de amor verdadero e incondicional, anhelo de vivir en compañía, sed de apertura a algo y, sobre todo, a Alguien que colme las aspiraciones del corazón humano.

No vale sostener la sociedad con lo de fuera: hedonismo, consumismo y afán de éxito. Hacerlo así trae a la vida hombres y mujeres que viven con sed. Entre otras cosas, porque eliminar valores y pautas morales, no dar importancia a la honradez, a la tolerancia, a la convivencia, no fomentar todas las dimensiones que sustentan al ser humano, entre las que se encuentra la dimensión trascendente, traerá a la larga hombres y mujeres con sed. Recuerdo unas palabras de Julián Marías en las que decía: «Lo que más me inquieta es que en España todo el mundo se pregunta: ¿qué va a pasar? Casi nadie hace esta otra pregunta: ¿qué vamos a hacer?». Y esto es lo que os propongo a la Iglesia, a todos los cristianos y a todos los hombres de buena voluntad: ¿qué vamos a hacer? El Pueblo de Dios que camina en Madrid toma conciencia de su misión y de su afán de mostrar y acercar a Jesucristo a la vida de sus contemporáneos. No hablamos en nombre de un muerto que vivió hace 21 siglos. Estamos hablando de Dios que se acercó a los hombres para regalarnos su Amor y que lo hizo dando la vida por todos.

La estrategia de Jesús es singular: «Estaba allí sentado junto al pozo» y llega la samaritana a sacar agua. Jesús aprovecha esta ocasión para pedirle «dame de beber». Tenía sed y estaba cansado del camino, pero, al mismo tiempo, quería provocar en lo más profundo de su vida a esta mujer. Ese «dame de beber» tiene intencionalidad, nos muestra la estrategia de Dios para acercarse a nosotros y llegar hasta el fondo de nuestro corazón. Por una parte, nos quiere hacer ver la sed que Dios tiene del hombre, cómo quiere regalarnos su amor, que entremos en la dinámica de su amor. Le importan los hombres sean quienes sean. Y, por otra parte, quiere hacer ver a esta mujer que su sed es más profunda y no se quita con beber agua del pozo de Jacob. Muchas veces ha venido a por agua, pero su vida ha continuado igual. Jesús le ofrece otra agua. Porque la sed de esta mujer es mucho más profunda. Tiene sed de Dios, de Vida, de Verdad. Quizá no es consciente de ello, como nos pasa muchas veces a nosotros, pero todos los seres humanos experimentamos el anhelo de infinito y, de uno u otro modo, tenemos sed de Dios.

¡En cuántas ocasiones en Madrid, más incluso que en otros lugares donde fui obispo, he descubierto la gran sed de Dios que existe en tantas y tantas vidas! La mujer samaritana se queda en lo superficial, su encuentro ha sido con un judío; de ahí la reflexión espontánea de esta mujer: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí que soy samaritana?». Y apostilla el Evangelio: «Porque los judíos no se tratan con los samaritanos».

Si nos adentramos en lo más profundo de nuestro corazón, descubrimos que tenemos sed de amor. Y no de cualquier amor, sino del Amor mismo de Dios. Los hombres y mujeres contemporáneos nuestros, en bastantes casos de manera inconsciente, tienen necesidad de ver más allá de lo aparente. Y no se puede ver sin dejarse abrazar por ese Amor que es el mismo Señor.

Para seguir pensando:

1. ¿Tienes resistencias para entrar en conversación con quien fuere? ¿Vives sabiendo que todos los hombres son hijos de Dios y que a todos has de servir?

2. ¿Eres capaz de descubrir la sed de amor verdadero que tienen los hombres? ¿Qué manifestaciones y expresiones utilizan los hombres y mujeres de nuestro tiempo donde se manifiesta que hay sed de Vida?

3. La pregunta que más escuchas es «¿qué va a pasar?» o, más bien, «¿qué vamos a hacer?».

4. ¿En tu vida se proyecta la dinámica del amor que perciben los demás o la dinámica de mis gustos, proyectos personales...?

5. En tus encuentros con las personas, ¿te quedas en lo superficial como la samaritana («es un judío»), o entras en la profundidad del corazón que tiene sed de Amor?

6. Haz una propuesta concreta en la que se haga un plan para que la comunidad cristiana viva la sinodalidad, es decir, para que salgamos al camino juntos, para que el anuncio del Evangelio sea entre todos, con todos y para todos.

A series of 28 horizontal dotted lines for writing.

2. Jesús nos enseña a ver: salir a la ciudad con la mirada de Jesús

¡Cuántas veces pasamos por la vida, conocemos a muchas personas, pero nos quedamos en las apariencias! Así estaba la vida de la samaritana. Instalada en lo superficial, se quedó en que judíos y samaritanos eran enemigos. Porque el agua del pozo de Jacob no daba para ver ni para sentir más. En una gran ciudad como la nuestra, nos encontraremos con personas y grupos muy diferentes, con posiciones ideológicas, creencias, culturas y experiencias diversas. También, cada vez más, en ciudades más pequeñas y pueblos de nuestra archidiócesis. No nos quedemos en lo anecdótico. «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (Jn 4, 9). No es eso. Tenemos delante una persona y, para nosotros los cristianos, estamos ante un hijo de Dios, imagen del Creador. Esto es lo que vio el Señor en esta mujer. Contempló lo que ella no era capaz de ver. Jesús le enseñó a descubrir a bastante más que a un judío, más que a un enemigo. El Señor nos enseña a ver de otra manera. De ahí la respuesta de Jesús: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber”, le pedirías tú, y él te daría agua viva» (Jn 4, 10).

Cuando se conoce a Jesucristo, cuando se tiene la visión trascendente de la vida que nos ofrece Dios, todo cambia. ¡Qué fuerza tiene enseñar a ver como lo hacía Jesús y hacer sentir esa necesidad! Quiero recordar, en este sentido, un texto de san Juan Pablo II recogido por el Papa Francisco en la encíclica *Fratelli tutti*: «Si no existe una verdad trascendente, con cuya obediencia el hombre conquista su plena identidad, tampoco existe ningún principio seguro que garantice relaciones justas entre los hombres: los intereses de clase, grupo o nación, los contraponen inevitablemente unos a otros. Si

no se reconoce la verdad trascendente, triunfa la fuerza del poder, y cada uno tiende a utilizar hasta el extremo los medios de que dispone para imponer su propio interés o la propia opinión, sin respetar los derechos de los demás. [...] La raíz del totalitarismo moderno hay que verla, por tanto, en la negación de la dignidad trascendente de la persona humana, imagen visible de Dios invisible y, precisamente por esto, sujeto natural de derechos que nadie puede violar: ni el individuo, el grupo, la clase social, ni la nación o el Estado. No puede hacerlo tampoco la mayoría de un cuerpo social, poniéndose en contra de la minoría» (*Centesimus annus* 44, cit. en FT 273).

Hay que dar a conocer el don de Dios. Y ¿quién es el don de Dios? El mismo Señor nos lo dice. Así se presenta en Sicar a la samaritana: como don de Dios. Y así quiere presentarse en Madrid. El don de Dios es Jesucristo. Él es el Camino, la Verdad y la Vida. Por eso, Jesús dice a la samaritana: «Si conocieras el don de Dios...» (Jn 4, 10). El Señor en esta salida a la ciudad de Sicar nos está invitando a hacernos presentes en este mundo, regalando, mostrando y dando a conocer con obras y palabras a Jesucristo. Su amor es una urgencia grande para la vida del mundo. Por eso, anunciar a Jesucristo es una misión a la que merece la pena dedicar nuestra vida.

En la Iglesia necesitamos estar atentos a las situaciones en las que vive la humanidad. «Id y anunciad el Evangelio» supone hacer un anuncio que sea capaz de alcanzar el corazón de quienes lo escuchan. Los informes sociológicos que todos los años nos ofrece FOESSA detectan en España una sociedad que tiene poco que ver con el país de antaño. Nada que ver con los tópicos que siguen imperando en el mundo sobre las costumbres de los españoles. Una parte importante de la *gran desvinculación*

viene del fuerte proceso de secularización padecido. Las prácticas religiosas y las pautas de conducta indican que la sociedad española vive un proceso de laicización que comienza en los primeros años de la educación pública. El olvido de Dios no ha traído una sociedad más justa e igualitaria, sino que ha ahondado en la dualización social y en la inequidad. Las tasas de desempleo, especialmente juvenil, la falta de un trabajo digno y estable, o la conculcación de los derechos de los grupos más vulnerables (empezando por el derecho a la vida en toda su extensión o los de las personas forzosamente desplazadas) revelan hasta qué punto el olvido de Dios supone un quebranto del suelo más firme en que puede cimentarse la dignidad de toda persona humana y sus derechos inalienables.

Paradójicamente, como actitud ante los demás, a la sociedad española se le suponen como valores más frecuentes la flexibilidad, la adaptación, el fácil acomodo y el cultivo de la tolerancia. Sin embargo, con frecuencia se trivializa sobre las cuestiones más serias, casi todo se acepta y la permisividad es generalizada. Los medios de comunicación han sido conscientes de su poder en la España democrática. Al servicio de intereses moldean la opinión pública y ejercen su capacidad de influencia. Hay cambios muy profundos en España que tienen su reflejo en la cultura dominante. El cristianismo siempre ha sido contracultural. Hay muestras abundantes de sed de otra cosa en nuestra sociedad, en sus niños, jóvenes, adultos y en las familias. Hay sed, pero, sobre todo, apremia la necesidad de encontrar la fuente en la que se pueda colmar la sed. La Iglesia tiene la responsabilidad y la tarea de salir a nuestro Sicar para dar a conocer cuál es el don de Dios.

Para seguir pensando:

1. ¿Eres capaz de entrar en esa mirada que el Señor nos enseña, que alcanza la profundidad del corazón del ser humano? ¿Cómo lo haces? ¿De qué medios te sirves?

2. ¿Qué lectura creyente haces, aquí y ahora en Madrid, de los acontecimientos, situaciones, personas, etc.?

3. Si a Dios lo sacamos de la vida, ¿qué visión acabamos teniendo de la misma? ¿Hasta dónde podemos llegar si la observación de todo lo que acontece la hacemos desde nosotros mismos?

4. ¿Haces proyectos y los propones desde tus intereses personales o de grupo o desde toda la Iglesia diocesana? ¿A dónde te lleva esto?

5. ¿Quién puede garantizar las relaciones justas entre los hombres?

6. ¿Qué diferencia existe entre apelar a la dignidad trascendente de la persona humana como imagen visible de Dios o no tenerla en cuenta a la hora de legislar o de hacer proyectos sociales?

7. ¿Qué consecuencias tiene el proceso de secularización y laicización que vivimos? ¿Cómo salimos al paso de este proceso?, ¿con propuestas concretas y realizaciones o con un dolor que nos incapacita para suscitar esperanza?

8. Mantener una presencia viva de Dios que nos haga formular todo de un modo nuevo requiere creatividad, ¿qué propuestas concretas harías?

3. Solo el Amor que ofrece el Señor quita la sed del hombre

Ofrezcamos el Amor del Señor que Él quiso depositar y ofrecer a través de su Iglesia. Tenemos un tesoro que, estamos seguros, es el único que cambia el mundo y entrega la verdadera salud a los hombres. Empeñémonos todos los discípulos de Cristo en ofrecerlo precisamente en estos momentos de la historia. Nos acompañan discípulos de Cristo que en nuestra Iglesia diocesana han dejado rastro con obras del Amor de Dios: tenemos muchos santos y beatos que nos acompañan, que vivieron aquí en Madrid y mostraron con obras el Amor del Señor.

En la conversación que el Señor inicia con la samaritana hay cuestiones que es importante tener en cuenta: por una parte, la fuerza que tiene el Señor para eliminar distancias, rupturas y enfrentamientos. Esto siempre interpela. Las palabras de Jesús son claras y evidencian que desea acercar su vida a esta mujer. El Señor le dijo: «Dame de beber». La respuesta de esta mujer responde al raquitismo que solemos tener todos en nuestra vida: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí que soy samaritana?» (Jn 4, 9). Pero, por otro lado, está la fuerza del Amor del Señor que siempre sorprende: «Si conocieras el don de Dios, [...] le pedirías tú y él te daría agua viva» (Jn 4, 10). Todos los encuentros que el Señor regala en el Evangelio nos lo presentan ofreciendo su Amor.

En este caso, Él es el quien quita la sed con la verdadera agua, que es su Vida y su Amor. ¡Qué belleza tiene ver la capacidad de vida que engendra el Amor del Señor! Nos da seguridad, nos hace vivir con fundamento, pisando sobre roca. Nos hace valientes y creativos. Su Amor rompe murallas, construye puentes y nos abre a nuevas perspectivas. En el inicio del encuentro con Jesús esto

no es entendido por la samaritana: «Señor, si no tienes cubo, y el pozo está hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?» (Jn 4, 11). Pero la fuerza del amor misericordioso del Señor y la sed de amor que tiene todo hombre obran el milagro y la mujer acaba por decir: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla» (Jn 4, 15).

Hablando del Amor del Señor y de la sed que tenemos todos del mismo, tengo necesariamente que recordar a santa Teresa de Calcuta, cuando ella descubre que el Amor del Señor que ha recibido lo tiene que dar: «Fue aquel día de 1946, en el tren de Darjeeling, cuando Dios me hizo *la llamada dentro de la llamada* para saciar la sed de Jesús sirviéndole en los más pobres de los pobres [...]. Fue en aquel tren donde oí la llamada para dejarlo todo y seguirle a Él a los barrios más miserables, para servirle en los más pobres de los pobres»¹. Es este Amor del Señor el que es ofrecido a la samaritana. Porque es el Amor de Dios el que ha de diseñar la vida del ser humano por dentro y por fuera, es el Amor de Dios el que ha de envolver la vida del hombre, pues la sed de amor que tiene todo hombre solamente la puede quitar Jesucristo. Y con esa seguridad, la Iglesia que camina en Madrid sale al encuentro de todos los hombres y mujeres de la archidiócesis.

El Amor de Dios transforma el corazón del hombre, su misericordia le hace experimentar un amor fiel y lo hace capaz de misericordia. El Amor de Dios es siempre un milagro. Nos hace amar al prójimo en concreto a través de obras. ¡Qué bueno es encontrarse con Jesús! ¡Qué misión tan maravillosa la de hacer llegar el Amor de Dios a todos los hombres! A ese respecto, tengo que recordar el mensaje de la Jornada Mundial de la Paz del año 2016. El Papa Francisco decía así: «La misericordia es el corazón de Dios. Por ello debe ser también

¹ Madre Teresa de Calcuta, *Ven, sé mi luz*, Barcelona 2008, pp. 60-61.

el corazón de todos los que se reconocen miembros de la única gran familia de sus hijos: un corazón que bate fuerte allí donde la dignidad humana –reflejo del rostro de Dios en las criaturas– esté en juego. Jesús nos advierte: el amor a los demás –los extranjeros, los enfermos, los encarcelados, los que no tienen hogar, incluso los enemigos– es la medida con la que Dios juzgará nuestras acciones» (n. 5).

Por otra parte, las conclusiones del último Sínodo Diocesano nos invitan a tener un verdadero encuentro entre la Iglesia y los hombres de nuestro tiempo. Ha de ser un encuentro que esté marcado por el poder del Espíritu Santo, que es quien empuja a la Iglesia a entrar en la profundidad de su misión y reemprender con entusiasmo el camino misionero al que os estoy convocando estos años a través de nuestro Plan Diocesano. Se trata de salir al encuentro de cada hombre allí donde vive y como está: en su barrio, en su casa, en su trabajo... Allí estamos llamados como Iglesia a llevar el Amor de Dios. Con obras concretas donde se aproxime su misericordia y, con ella, la alegría del Evangelio.

Ante una cultura que a veces cae en la indiferencia, el estilo de la Iglesia en su misión ha de estar lleno de piedad, de empatía, de compasión y de misericordia. La fuente sublime es el encuentro personal con Nuestro Señor Jesucristo al que decimos: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla» (Jn 4, 15). Cuando descubrimos que el Amor de Dios es el que quita la sed, viene bien escuchar a san Agustín. Nos dejó un pequeño tratado sobre lo que es la misericordia, que en el fondo es «cargarse con la miseria ajena» llevando el amor de Dios que es más fuerte que la miseria. Dice así san Agustín: «La palabra misericordia deriva su nombre del dolor por el miserable. Las dos palabras están juntas en un solo vocablo: miseria y corazón. Cuando tu corazón queda

tocado, afectado por la miseria ajena, eso es la misericordia. Fijaos, entonces, hermanos míos que todas las buenas obras de nuestra vida son fruto de la misericordia» (Sermón 358/A, 1: PLS 2,671).

El Señor quedó afectado por la miseria en la que vivía la mujer y se dispuso a regalarle su Amor con obras, cambiando su corazón y haciéndola vivir en verdad. La samaritana se dejó afectar y tocar el corazón por Jesucristo. El Señor se acercó a ella en su realidad miserable. Estaba necesitada del amor de Dios y así, incondicionalmente, acogió la cercanía del Señor. En esa cercanía, el Señor tocó el corazón de esta mujer, empatizó, mostró su compasión y quiso acercar con obras su Amor. La misericordia del Señor se mostró rehabilitando su vida.

En este encuentro con la samaritana, el Señor la quiere convertir en: a) portadora de Cristo y testigo de su Amor; b) llamada a hacer tomar conciencia de que Cristo ofrece dar un giro a la historia de la humanidad: ante los avances de hoy, las patologías, los miedos, las desesperanzas que están en el corazón humano, ofrezcamos a todos los hombres y mujeres la posibilidad de decir: «Señor, dame de esa agua» (Jn 4, 15); c) llamada a hacer ver cómo es el Amor de Dios. Él nos impulsa a construir una cultura de encuentro, donde nos ocupemos unos de otros. Ello implica decir no a una economía que mata, que lo es de la exclusión y de la inequidad; d) llamada a escuchar a los que sufren y a obedecer el mandato de Jesús: «¡Dadles vosotros de comer!». Hay necesidad de respeto al otro, de esperanza, de amor, de entrega, de fidelidad, de compromiso con las necesidades ajenas, de solidaridad, de justicia, de paz, de libertad, y e) llamada a hacer presente a Cristo con su Amor con gestos concretos en nuestra familia, en nuestras comunidades parroquiales, en nuestra Iglesia diocesana y entre nuestros vecinos. Allí donde un cristiano esté, ha de llevar el Amor de Cristo, del que él ha sido invadido.

Para seguir pensando:

1. Cuando uno recorre las páginas del Evangelio, su corazón descubre que en todos los encuentros, en situaciones diversas, Jesús nos ofrece su Amor, ¿sientes en ti ese Amor? ¿Eres portador del Amor de Dios? ¿Cómo y dónde lo recibes?

2. La medicina que transforma el corazón del hombre es ese Amor incondicional. Por eso, Jesús nos pide a la Iglesia que se lo ofrezcamos a todas las personas. En nuestro día a día, ¿hacemos realidad este mandato? ¿Cómo y dónde lo entregas? ¿Qué tendrías que mejorar para lograrlo? Cuando otra persona lo hace, ¿la ayudas o le pones dificultades?

3. El Amor de Dios produce milagros, transforma a la persona y nos llama a regalar lo que hemos recibido: ¿retienes o compartes ese Amor? ¿Cómo y dónde puedes hacer posibles esos milagros?

4. ¿La fidelidad al Evangelio te hace ser valiente y creativo? ¿En qué lo notas y cómo se manifiesta? ¿Qué puedes mejorar en tu comunidad y en tu vida cotidiana?

5. Nuestra comunidad, la archidiócesis de Madrid, ha sido rica en propuestas y proyectos. De ellos surgieron muchos carismas y actividades evangelizadoras, ¿conoces alguna que toque tu corazón y el de nuestros hermanos? ¿Qué valoración te merece?

6. En una ciudad grande como Madrid, hay soledad en la vida y también en la muerte, ¿percibes que hay sed de Dios? ¿Dónde y por qué? ¿Qué actividades y espacios promoverías para compartir y saciar esa sed?

7. En tu vida cotidiana, ¿haces del lugar en el que vives, de tu barrio, de tu comunidad un verdadero *hogar*, donde quien llegue sienta la incondicionalidad de su Amor? ¿Haces que ese hogar sea un espacio en el que mi hermano se sienta confiado, acogido y no juzgado?

8. ¿Con tu modo de vivir contribuyes a crear una cultura de encuentro? ¿Tienes empatía, compasión y misericordia hacia los demás?

9. ¿Cómo te sitúas en tu vida ante los más pobres? ¿Y ante los inmigrantes y refugiados? ¿Y ante los que no piensan como tú o no cumplen tus expectativas? ¿Cómo podemos luchar contra la indiferencia hacia el otro?

10. Examina tu vida: ¿eres portador de Cristo? ¿Eres consciente de que su Amor es la fuerza que cambia la dirección de la Historia y de tu historia? ¿Tu corazón está dispuesto a experimentar esa transformación?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

4. Un encuentro abierto con Jesucristo para ser y para llevar la Buena Noticia

El encuentro con Jesucristo es imprescindible para saciar el corazón y dar sentido pleno a la vida. Mientras no exista este encuentro, irás tirando, pero no habrás descubierto la grandeza, la fortaleza, el horizonte y las capacidades nuevas que te entrega el Señor para que las pongas al servicio de los demás. La samaritana, en esa conversación que tiene con Jesús, escucha unas palabras que también nosotros necesitamos oír: «El que bebe de esta agua, vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna» (Jn 4, 13-14). Mi pregunta es clara para todos los que formamos la Iglesia diocesana: ¿Vemos sed entre las gentes que nos rodean? ¿Qué ofrecemos para quitarla? ¿Cómo ofrecemos a Jesucristo?

Estamos en un momento de la historia en el que es necesario ofrecer ese «agua que salta hasta la vida eterna». Y esa agua tiene un nombre y un rostro: Jesucristo. El ser humano se alegra cuando lo ponemos en este camino donde siente cómo el Amor de Dios lo abraza: «¡Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor!» (Sal 122). Invitamos y ayudamos a encontrarnos con el Señor, donde la sed que tenemos se colma en el abrazo de Amor que el Señor nos da. Levantemos la mirada del corazón hacia el Señor, hacia su casa, hacia el cielo, donde nos reunimos en la visión beatífica de Dios con todos.

¿Cómo saber qué es la vida eterna y cómo alcanzarla? El Señor se lo dijo con claridad al joven rico cuando le preguntó a Jesús: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?» (Mc 10, 17 y ss.), es

decir, la verdadera vida. La respuesta de Jesús fue tajante: no desperdices la vida, vívela en profundidad, no vivas para ti mismo. La respuesta del joven fue: «Todo eso lo he cumplido desde mi juventud». Y aquí viene lo importante: «Jesús se quedó mirándolo, lo amó y le dijo: “Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme”. A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó triste porque era muy rico» (Mc 10, 17-22). Solamente un encuentro con el Señor puede llevarnos a entender y a vivir que ¡vale la pena seguir a Jesús!

Estemos convencidos de esto: todo ser humano quiere vivir y desea de corazón una vida verdadera, una vida que merezca la pena. Y en esa vida está la fuerza que tiene la relación con Dios. Vida es relación; nadie recibe la vida de sí mismo ni solamente para sí mismo: la hemos recibido de otro. Y solamente Dios, que es la Vida, sostiene mi vida, me conduce, me lleva, me da identidad. Por ello, conocer a Dios y vivir en unión con Él es lo que puede dar a nuestra vida autenticidad y verdad. Por eso, el diálogo con el Señor es fundamental. El encuentro con la samaritana y el diálogo que el Señor tuvo con ella tienen que ser para nosotros un paradigma de cómo ha de ser nuestro diálogo con todos los hombres.

Me quiero imaginar lo que supondría para nosotros encontrarnos con alguien a quien no conocemos o incluso que te percibe como enemigo. Esta página del Evangelio de la samaritana nos lleva a descubrir lo que, a mi modo de ver, es más necesario: vivir una experiencia fuerte de encuentro con Dios, en un clima de escucha de su Palabra. Cada uno de nosotros tendría que situarse ante el Señor como la samaritana. En el camino de nuestra vida, Él sale a nuestro encuentro y nos pide algo que nos provoca. Porque no estamos de acuerdo con su modo de ser, de vivir, de estar en el

mundo, aparece como enemigo, como lo era Jesús para la samaritana. Sin embargo, es el Señor y no mira a nadie más que por ser un hijo de Dios. Solo desea alcanzar el corazón, como desea alcanzar el tuyo y el mío. Ella responde desde lo anecdótico: «¿Cómo tú siendo judío me pides de beber a mí que soy samaritana?» (Jn 4, 9). Pero en lo anecdótico, Jesús alcanza su corazón: «Si conocieras quién te dice “dame de beber”, le pedirías tú y él te daría agua viva» (Jn 4, 10). Es toda una propuesta para alcanzar el corazón de los hombres y mujeres de hoy.

Podríamos hacer hoy muchas preguntas a tantos que caminan a nuestro lado: «¿Quieres escucharme?». Respuesta: «Tengo prisa». «¿Qué es lo más importante en tu vida?». Respuesta: «Disfrutar a tope», «tener dinero», «no depender de nadie», «ser libre para hacer lo que me dé la gana»... Más preguntas: «¿Eres feliz?», «¿qué es lo más importante en tu vida?», «¿tienes familia?», «¿valoras la familia?», «¿estás casado?», «¿te sientes amado?»... Las consiguientes respuestas pueden ser del tipo: «No soy feliz», «tener dinero y hacer lo que quiera», «no tengo familia o está rota», «vivo en pareja», «no me siento amado con todas las consecuencias»...

Y aquí sí que viene bien escuchar al Señor que sigue diciendo «si conocieras el don de Dios...» (Jn 4, 10). Y el don de Dios de nuevo es su Amor, revestido del nombre y el rostro de Jesucristo.

Es preciso abrirse a la experiencia de Dios, suscitada por la escucha de su Palabra, comprendida y acogida en la propia vida bajo la acción del Espíritu Santo. «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed» (Jn 4, 13), es decir, el que vive sin tener experiencia del amor de Dios, el que vive con vacíos, sin experimentar el amor que Dios nos tiene y que nos abre a unos horizontes que solamente se

pueden describir cuando uno se encuentra con Él. De ahí la necesidad de entregar la Vida misma de Cristo y de hacerla experimentar.

En una época como la nuestra, en la que la influencia de la secularización es cada vez más fuerte y en la que, al mismo tiempo, se percibe la necesidad de encontrar a Dios, ofrezcamos espacios donde se pueda escuchar la Palabra del Señor, donde podamos adorar su presencia real en el misterio de la Eucaristía, donde nos animemos a responder a la sed de Dios presente en nuestra sociedad. Hemos de promover que cada ser humano sea un recipiente animado por el amor de Dios, pues somos conscientes de que el agua que nos ofrece nuestra cultura ambiente no sacia, crea cada día más vacíos que generan desesperanza, miedos y vidas sin sentido.

Hoy con más fuerza que nunca el Señor se acerca a los hombres y los hombres le preguntamos: «¿Cómo tú, siendo Dios, te acercas a mí?, ¿qué me ofreces?, ¿qué me pides?, ¿qué me das?». La respuesta de Jesús siempre es la misma: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed», es decir, lo que te da la vida. La cultura en la que estás no te ofrece sentido, no te hace estar pleno y lleno de Vida. Sin embargo, «el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna» (Jn 4, 14).

Cuanto más conocemos a Jesucristo, más vivimos en la verdad. Por eso, conocerlo, encontrarlo y caminar con Él e identificarnos con Él, no teóricamente sino encontrándonos con Él, es la misión fundamental a la que el Señor nos llama. Podemos saber cosas sobre Él, pero, si no nos hemos encontrado con Él, no nos vale de nada. Es en el encuentro con el Señor donde asumimos y acogemos sus sentimientos como nos pide la carta a los Filipenses

(cf. Fil 2, 5): tener su mismo amor, formar una sola alma, estar de acuerdo, no hacer nada por rivalidad y vanagloria, no buscar los intereses de uno, sino los de los demás (cf. Fil 2, 2-4)... Qué bueno es poder escuchar lo que la samaritana oyó: te amo, te conozco, estoy aquí junto a ti. El Amor del Señor seduce a los hombres como sedujo a la samaritana. Después de aquel coloquio tan grande y profundo, ella dijo con todas sus fuerzas: «Señor, dame de esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla» (Jn 4, 15). Hay que seguir diciendo a nuestros contemporáneos con más fuerza que nunca: ¡Jesús ha resucitado! «Es el que vive» (Ap 1, 18). Y además podemos encontrarnos con Él como lo hizo la samaritana. ¡Qué fuerza nos dan estas palabras!: «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28, 20). Lo mismo que la Iglesia primitiva, también nosotros iluminados por el Espíritu Santo proclamemos su presencia entre nosotros sin miedo. Es el mismo Señor quien nos dice: «He resucitado y estoy siempre contigo».

Esforcémonos por conocer más y más a Jesucristo. Esta página de la samaritana nos dispone a dejarnos conquistar por Jesucristo porque Él nos sitúa ante la verdad de nuestra vida. El Concilio Vaticano II dijo que «el Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre» (GS 22). Esta unión ha confirmado la originalidad de una humanidad creada a imagen y semejanza de Dios. Él con su encarnación nos muestra que es la única imagen perfecta y consustancial del Dios invisible. Es toda una revolución. No es una revolución ideológica, sino espiritual; no es una revolución utópica, sino real. Los escritores cristianos antiguos comparaban a Jesús con un nuevo sol. Él es el centro de todo lo creado. Por eso, esforzarse en conocerlo transforma la vida.

¡Qué fuerza tiene para mí la conversión de san Pablo cuando iba por el camino de Damasco y Jesucristo se le aparece como luz deslumbrante y le habla y lo conquista! En san Pablo se da en ese encuentro un cambio de perspectiva. El apóstol vio a Jesús resucitado, al hombre en su estado perfecto. Y se produce tal cambio en la vida del apóstol que, lo que antes le parecía esencial y fundamental, ahora es basura y pérdida. Esto es lo que ha vivido la samaritana en el encuentro con Jesucristo. Percibe en Él que ya no necesita más que su Amor: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla» (Jn 4, 15).

La vida de Cristo llega a nosotros a través de la fe y el Bautismo. Este sacramento es muerte y resurrección. Tenemos una vida nueva y san Pablo lo personaliza de esta manera: «Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2, 20). ¡Que hondura tiene ese «vivo, pero no soy yo»! Me integro en ese Yo más grande, me injerto en Cristo. ¿No es esto lo que le ofrece Jesús a la samaritana? ¡Qué importante es alcanzar el corazón de los hombres partiendo de la común vulnerabilidad! Quizá a quienes encontremos por la vida podríamos decirles «dame de beber», especialmente a quienes tienen una responsabilidad del tipo que fuere con los demás: en la familia, en el campo de la educación, de la política, de la sanidad, de la justicia, de construir las bases de la convivencia...

La samaritana responde desde una vida vieja, repleta de prejuicios, construida desde rupturas y enfrentamientos entre hermanos y no desde la novedad que trae Jesucristo: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (Jn 4, 9). Esta interpelación de la samaritana hace entrar a Jesús más al fondo de su persona y de sus planteamientos ideológicos y llama más aún su atención: «Si conocieras [...] quién es el que te dice

“dame de beber”, le pedirías tú, y él te daría agua viva» (Jn 4, 10). En nuestro trabajo de anuncio del Evangelio hemos de ir al fondo de la vida, donde se ve quiénes somos de verdad. Es bueno que caigamos en la cuenta de que el misterio de Cristo tiene una amplitud cósmica: no pertenece a un grupo determinado ni se encierra en esquemas y formalizaciones. Cristo abraza a todo el universo y lo hace en todas las dimensiones. Todo lo que existe en sus manos es elevado hacia Dios.

Jesucristo se presenta ante la samaritana como la esperanza de la humanidad. Me vienen a la cabeza aquellas otras palabras de Jesús: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas» (Mt 11, 28-29). ¿Acaso alguien puede permanecer indiferente ante este Amor sublime que ofrece Jesús? En nuestro mundo autosuficiente hay una necesidad urgente de esperanza, de devolver la dignidad al ser humano, de libertad en muchos pueblos de la tierra. Cristo tiene el deseo de construir una nueva humanidad. Ya comenzó, pero tiene deseos inmensos de dar de beber y de regalar su Amor.

Hoy se dan aislamientos, soledades, frustraciones y traumas, expresión de que muchos de nuestros contemporáneos no se sienten amados o suficientemente correspondidos. El rechazo, el ocultamiento de Dios, el deseo de clausurar al ser humano en una trágica cerrazón al deseo innato que tiene de Dios, el presentar proyectos exclusivamente humanos y no realizados desde la originalidad de la apertura a Dios, nos lleva con más fuerza que nunca a acoger las palabras de Jesús: «El agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna» (Jn 4, 13-14).

Para seguir pensando:

1. Solo en el encuentro con Jesucristo cambia la vida. ¿Cómo fue tu encuentro con el Señor? ¿Descubriste la grandeza que da a la vida saberse amado por Dios?

2. ¿Tienes la convicción y la certeza de que Dios cuenta contigo para ofrecer un modo de vivir nuevo? ¿Por qué? ¿Cómo enseñar hoy a nuestros contemporáneos a ponerse en el camino del encuentro con Jesucristo?

3. ¿Cómo es tu oración, tu diálogo con el Señor? ¿Cómo, dónde y cuándo levantas la mirada del corazón hacia el Señor? ¿Lo haces habitualmente con tu comunidad cristiana?

4. Todos los humanos aspiramos a vivir una vida verdadera que solo encontramos en Jesucristo. ¿De qué manera la vives? ¿A qué compromisos lleva? ¿En qué situaciones se manifiesta?

5. En tu vida diaria aparecen en lo hondo de tu corazón estas expresiones: «tengo prisa», «disfruta a tope», «el dinero es lo más importante», «no quiero depender de nadie», «no soy feliz», «estoy agobiado», «no me siento comprendido», «no me siento amado»... ¿Te has preguntado por qué? ¿De qué tienes lleno el corazón? ¿Qué y a quién buscas para que llene tu vida y el deseo innato que tienes de Amor?

6. La vida humana está llena de vacíos. ¿Qué puede ofrecer la Iglesia como Madre de todos los hombres para llenar su vida de sentido y del Amor mismo del Señor?

7. ¿Cómo profundizar más en esa vida nueva que se nos regala en el Bautismo y cómo ofrecer esta Vida a los hombres y mujeres de hoy?

8. ¿Somos personas de esperanza? ¿La damos y la ofrecemos? ¿Cómo?

5. El encuentro con la verdad de nuestra vida y el compromiso de anunciar

La verdad nos busca, es más fuerte que cualquier obstáculo que pueda salirnos al paso en la vida. Con todos los problemas que podamos tener, descubrimos que al final la Verdad es más fuerte que todas las oscuridades y obstáculos. Por nuestra sola fuerza no podemos encontrar la Verdad. Pero la Verdad es una Persona que nos encuentra. ¡Qué bueno es descubrir cómo la verdad de la revelación ayuda a la verdad de la razón! La verdad revelada tomó rostro en la persona de Jesús que trajo la respuesta última a la pregunta sobre el sentido del hombre. En la conversación que el Señor inicia con la samaritana hay un punto culmen cuando le pide al Señor su agua. «Señor, dame de esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla» (Jn 4, 15). Se ha dado cuenta de que su vida tiene necesidad de la Vida y del Amor. Pero el Señor quiere profundizar más en su vida: primero ahondó en hacerle ver que el agua verdadera no la tienen los samaritanos ni los judíos, sino que la tiene Dios mismo. De ello se ha dado cuenta esta mujer cuando el Señor le conquista el corazón. Y, de corazón a corazón, ha podido decir: «Dame de esa agua».

Pero el Señor quiere ir aún más allá; quiere que su vida esté llena de la Verdad, porque la Verdad nos busca. Y la Verdad, que es Jesucristo, nos busca y nos sitúa ante la Verdad que es Dios mismo. Por eso la dice Jesús: «Anda, llama a tu marido y vuelve» (Jn 4, 16). Con esta llamada, el Señor desea ponerla ante la verdad de su vida. Su respuesta es clara: «No tengo marido» (Jn 4, 17). Y Jesús continúa en esa intención de situarla ante la Verdad: «Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad» (Jn 4, 17-18).

La samaritana, ante la petición del Señor de vivir en la Verdad, de que para ser libres hay que seguir la Verdad, de que el ser humano necesita la Verdad, simplemente le dice: «Señor, veo que tú eres un profeta» (Jn 4, 19). Tanto en la vida personal como en la vida pública hay que ser valientes para decir y vivir en la Verdad y, sobre todo, para seguir la Verdad. En nuestra situación histórica, a veces se tienden a imponer modos de ver y comportamientos que nada tienen que ver con la Verdad, que es la senda de la verdadera libertad. Tengo necesariamente que tener un recuerdo hacia san Agustín en su tiempo. Él vivió condicionado profundamente por las costumbres, pasiones e ideas que estaban vigentes. Pero era una persona que estaba en búsqueda y no se contentaba con lo que los hombres del momento daban y ofrecían. La Verdad fue de las cuestiones que más le preocuparon. Otro tanto ocurrió siglos más tarde con santo Domingo de Guzmán.

Creo que el momento que estamos viviendo reclama asimismo la cuestión de la Verdad. *Fratelli tutti* se hace importante eco de esta cuestión (cf. FT 207 y ss.). Es Jesucristo quien también se acerca a nuestra vida y, como a la samaritana, nos invita a poner ante Él todo aquello de lo que vivimos. ¡Cuántos maridos tenemos! ¡Con cuántas cosas, situaciones, ideas, costumbres nos hemos casado! Encontrar la vida correcta, no vivir sin más, no vivir a ciegas, no vivir sin sentido y sin metas... A esa realidad se acerca Jesús y nos dice: «Anda, llama a tu marido o a tu esposa y vuelve» o «dime, ¿qué verdad te orienta o quién sostiene tu vida, tus intereses, tus compromisos?, ¿a qué o a quién estás unido?, ¿qué y quién llena tu vida?».

Hay que ser valientes para hacer ver, presentar y proponer la Verdad. Hoy hay demanda de Verdad. Las personas tienen hambre y sed de Verdad, de Amor, de Vida. No guardemos para nosotros

mismos a Quien nos ensancha horizontes y nos ofrece su Vida. Quiere quitar nuestra sed y por eso nos dice: «Si conocieras el don de Dios, [...] él te daría agua viva» (Jn 4, 10). Hoy existe sobrecarga de información, de ideas, de proyectos, de interpretaciones... Pero se da también una necesidad inmensa de verdad, de vida, de amor. No nos acostumbremos a vivir sin más. Respondamos a la demanda de Verdad, de Amor y de Vida que hay en nuestra propia vida. Y la respuesta a esta demanda solamente la puede dar Jesucristo. Abrámonos al misterio de Dios que se nos ha revelado en Cristo. Ensanchemos nuestro horizonte, abramos la inteligencia y descubramos en Jesucristo a Quien da sentido a la vida y nos propone una dirección.

Para ser libre es necesario amar la verdad. ¿Cómo reivindicar la libertad sin hacer referencia a la verdad de la persona humana? No vale decir que hablar de verdad crea discusiones, enfrentamientos y divisiones. No se puede dar un valor indiscriminado a todo; eso sí que es relativismo. Para nosotros los cristianos, la Verdad tiene un nombre y un rostro: Jesucristo. La libertad no me hace desentenderme de, sino todo lo contrario: hace que me comprometa con. Y para ello me hace salir de mí mismo y quiere que me incorpore a los otros. Esto es lo que descubrimos en el texto de la samaritana. Fue el Señor el que la hizo salir de sí misma y de sus asuntos. «La mujer le dice: “Señor veo que tú eres un profeta. [...] Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos dirá todo”. Jesús le dice: “Soy yo, el que habla contigo”» (Jn 4, 19; 25-26).

Fue en este descubrimiento que hace de Jesucristo donde la samaritana muestra que el encuentro con quien quita la sed no es para guardarlo para uno mismo sino para comunicárselo a los demás. El texto del Evangelio es claro: «La mujer dejó su cántaro, se fue al

pueblo y dijo a la gente: “Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será el Mesías?” Salieron del pueblo y se pusieron en camino adonde estaba él» (Jn 4, 28-30). ¡Qué trabajo más bello es amar y comunicar la verdad! El amor es una fuerza grande y bella que mueve a las personas a comprometerse con valentía y generosidad en todos los campos de la vida. Ayudar a cada cual a asumir el proyecto que Dios tiene es un acto sublime de amor y de caridad. El amor es una fuerza que tiene su origen último en Dios que es el Amor eterno. La vocación que Dios sembró en el corazón humano fue la del Amor. Él nos donó su Amor para que nosotros se lo regalásemos a los hombres. Así nos lo manifiesta el Señor cuando nos dice: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida». Descubre que la caridad verdadera se convierte siempre en el rostro de la Persona de Cristo.

Para seguir pensando:

1. ¿Estás convencido de que la Verdad te busca? ¿Descubres y vives que la Verdad es Jesucristo? ¿Qué consecuencias tiene esto en tu vida personal y social?

2. ¿Sitúas tu vida ante el Señor diciéndole: «Dame de esa agua: así no tendré más sed»? ¿Cómo ayudas a situar la vida de los demás ante Jesucristo? ¿Cómo se hace en la comunidad cristiana en la que vives tu fe?

3. ¿En tu parroquia o realidad eclesial hay ayudas concretas para realizar este encuentro con el Señor? ¿Cuáles?

4. ¿Cómo te sitúas ante la Verdad que tiene nombre: Jesucristo? ¿Qué ves? ¿Qué pides? ¿Qué haces?

5. ¿La Verdad que es Jesucristo mueve tu vida y te hace ser misionero?

6. ¿Asistes a los servicios de tu parroquia o tienes compromisos concretos en la vida de tu comunidad cristiana? ¿Cuáles?

7. ¿Eres más libre cuando has abierto la vida a confrontarla con Jesucristo que te sitúa en la verdad de tu vida?

8. ¿Eres valiente y creativo para proponer la persona de Jesucristo como el camino que nos construye como personas y que nos sitúa ante los demás como hermanos?

9. ¿Has descubierto que tu vocación es la Verdad y el Amor? ¿Cómo la vives? ¿Qué camino eliges para vivirla porque sientes que Dios te llama a hacerlo así?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

6. La misión de la Iglesia es ofertar y hacer presente a Jesucristo: Amor, Vida y Verdad

Lo vemos en Jn 4, 1-45: Jesucristo, Amor, Camino, Verdad y Vida, vence, otorga y se hace Vida en la vida de quien lo acoge. Y no lo hace con la fuerza, sino con el testimonio. Sí, el testimonio de un Dios que se ha acercado a los hombres como uno de tantos y ha dejado a su Iglesia para que se acerque y haga lo mismo que Él: que esté al lado de los hombres, cercana en todas las circunstancias, que toque y entre en el corazón de todas las personas. Hoy más que nunca, aunque no se diga, es manifiesta la sed de verdad, de bondad y de belleza que existe. La pandemia que estamos viviendo está mostrando esta sed. Entre otras cosas porque Dios mismo, en su gesto creador, otorgó a los hombres participar en la Vida de Dios: nos hizo a su imagen.

Incluso en las culturas alternativas que se gestan, se manifiesta ese deseo de Dios. A veces haciendo imágenes sustitutivas que incluso intentan ridiculizar. Es verdad que esas imágenes no nos muestran el Amor de Dios, pero manifiestan la desazón del ser humano y sus pobreza cuando vive de espaldas al Amor. La fe que nos hace tomar conciencia del Amor de Dios en el corazón de Cristo en la cruz es la que suscita el Amor. Porque podemos decir sin confundirnos que el Amor de Dios es como una luz que ilumina siempre al mundo y regala la fuerza para vivir y para actuar.

La Historia nos demuestra hasta dónde se pueden manipular la Vida y la Verdad tan claramente reveladas en Jesucristo. Ambas traen siempre sed de justicia, de libertad y de paz. Pero resulta que se pueden manipular y poner al servicio de las ideologías y de muchas injusticias. Me ha parecido extraordinaria la forma en la que el Señor

propone afrontar los desafíos: volviendo a Jesucristo, para descubrir cómo ha de hacer la misión hoy la Iglesia. Hay que entregar como Jesús a la samaritana ese mensaje del Evangelio: «Dios es Amor», «Dios es Vida», «Dios es fraternidad construida en la Verdad»... Es lo que deseamos hacer en este curso que comenzamos y alentar esta tarea es el propósito de esta carta pastoral.

Al finalizar esta carta, quiero deciros algunas exigencias para poder ser creíbles e invitar a todos los que encontremos en nuestro camino a que se sumen a pedir al Señor: «Dame de beber»:

1. Haz una entrega de tu persona a Jesucristo: el Amor ha de envolver la existencia entera en todas sus dimensiones. Recordemos aquellas palabras de Jesús: «El que pretenda guardar su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará» (Lc 17, 33).

2. Vence toda clase de violencia con Amor: el Señor no venció con nuevo imperio, lo hizo con la cruz y desde la cruz. Este nuevo modo de vencer las violencias más fuertes es el que pone límites a la violencia, es el verdadero modo de vencer el mal.

3. Ten la convicción de que el Amor es más fuerte que el odio: la Eucaristía en la que celebramos la victoria de Jesucristo sobre la muerte nos muestra con toda evidencia la fuerza de Dios. Su poder es su Amor. Cristo derribó el muro del odio para reconciliar a todos los hombres entre sí (cf. Ef 2, 14-17).

El Papa san Juan Pablo II, en la encíclica *Redemptor hominis*, nos recordaba cómo en el corazón de todo hombre hay sed de un Amor que va mendigando por el mundo. Y el Papa Benedicto XVI, en la encíclica *Deus caritas est*, nos hablaba de cómo se comienza

a ser cristiano por el encuentro con una Persona. Esto es lo que pedía en el fondo de su ser la samaritana. Y eso es lo que le ofreció Jesucristo. A través de ella he querido ver lo que más necesitan aquellos a los que el Señor me ha puesto al lado para anunciar el Evangelio. Nos hemos preguntado «¿qué quieres que haga por ti?» y después hemos dicho a todos «quiero entrar en tu casa». Hemos oído y hemos visto que acercar el Amor de Jesucristo es lo que nos están pidiendo nuestras gentes de Madrid. Con la pandemia hemos escuchado con más fuerza aún un apremiante «dame de beber», es decir, regálame el Amor de Cristo.

Para seguir pensando:

1. ¿Qué proyectos podríamos presentar en nuestra comunidad cristiana para descubrir la persona de Jesucristo?

2. ¿Cómo está funcionando nuestra Cáritas y qué otras iniciativas sociales propondrías?

3. ¿Sabemos proponer que el Amor del Señor es más fuerte que todas las fuerzas de este mundo y que este cambia el corazón y la vida de los hombres? Haz una propuesta alternativa: la escuela del nuevo humanismo o del humanismo verdadero. ¿Qué programa harías en ella? ¿A quién invitarías?

4. Descubre la Eucaristía, ¿qué te ofrece?, ¿qué te da?, ¿cómo te marca?, ¿hacia dónde te hace salir?

Conclusión

Quiero terminar con unas palabras de san Juan Pablo II y con otras del Papa Benedicto XVI. Decía el primero: «El hombre no puede vivir sin amor. Permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el Amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta, si no lo hace propio, si no participa en él plenamente» (RH 10). Y hay otras palabras del Papa emérito que nos manifiestan esa necesidad de vivir y encontrarnos con Jesucristo: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (DCE 1). Dejadme deciros ahora a mí estas otras: déjate a ti mismo, entrégate, libérate de ti mismo, nunca te repliegues, mira adelante, mira hacia el otro, mira hacia Dios y hacia todos los hombres y mujeres de todas las edades, jóvenes y niños que puso a tu lado. El Señor para esto nos pide un gran sí, el que damos por nuestro Bautismo, que es un continuo don de nosotros mismos.

Con gran afecto, os bendice,

A handwritten signature in black ink, reading '+ Carlos Card. Osoro Sierra' and 'Arzobispo de Madrid' below it. The signature is written in a cursive style and is underlined.

+ Carlos Card. Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid



Carta pastoral del arzobispo de Madrid
+ **Carlos Card. Osoro Sierra**